

# Beatlebone

Kevin Barry

Traducción de Dídac Gurguí

*Para Eugene, Joan, Majella, Mary*

*...la más elusiva de todas las islas,  
la primera persona del singular.*

John McGahern

## Primera parte

### *John se mueve a fuerza de melancolía – 1978*

Parte hacia el lugar como un animal, como embarcado en una migración predestinada. No es algo en absoluto racional, ni siquiera está enteramente cuerdo, y en esto consiste el gran atractivo. Lleva media noche viajando hacia el este y nadie lo ha visto — si mantienes la vista baja, no pueden verte. Surcados los cielos tendidos, atravesados los lúgubres aeropuertos, ahora está sentado en el asiento trasero de un viejo Mercedes. Se siente el cerebro como el centro de una ciudad bulliciosa y nota un extraño cosquilleo en los huesos de sus pies de mono. A joderse. Tendrá que soportarlo. La carretera se desovilla como una lengua negra y lame la noche. Hay algo simiesco en sus pies, ¿verdad? Además, le sangran las encías. Pero no va a preocuparse por eso ahora — no se preocupará ni un pelo. Guárdatelo para luego. Árboles y campos pasan en la noche turbia. ¿Ansiedad? Oye una lejana nota azul de alguna parte, quizás de su interior. Ahora los ojos sombríos del conductor aparecen en el retrovisor —

Todo preparado, dice. No debería de haber problema alguno. Pero nos queda aún una hora o así hasta el hotel.

El conductor tiene un timbre de voz suave, profundo y de confianza, como un presentador de telediario, la nota de bajo y el terciopelo, o la pana marrón de su voz, y el gran y robusto Mercedes corta el aire sigiloso como el dinero al avanzar.

John está cansado, pero no de sueño.

Ni un jodido periodista, dice. Y ni un jodido fotógrafo.

En la casi tiniebla hay la noción de árboles y campos y colinas combinándose. Del mismo modo que puedes sentir el mundo formándose a tu alrededor en una noche de triunfo en primavera. Baja dos dedos la ventanilla. Se llena los pulmones de luz de estrella fresca para despejarse. Azul y gases. Encantador. Está molido, pero no puede dormir. Es Flor-de-mayo — sus sabores espesan el aire — y vuelve a sentirse agitado.

¿Dónde cojones estamos, conductor?

Es difícil de decir.

Le gusta este conductor. Estira los dedos de sus pies de mono. En medio de la noche y quién cojones sabe dónde. Un pesado suspiro — empieza bien, pero acaba convirtiéndose en un gemido apagado. No es la mejor evolución. El conductor vuelve a estar en el retrovisor. Como si dijera *no pierdas la compostura*. Durante un momento se miran con seriedad el uno al otro; la noche avanza. El conductor luce un color morado subido — locura o eccema — y su nariz parece muerta y habla en susurros disciplinarios:

Así no llegarás a ninguna parte.

El conductor gira el volante, una mirada suave; la carretera vira. Se mueven velozmente hacia el oeste. Montañas escalan el cielo nocturno. Las frías estrellas viajan. Están cada vez más altas. El aire cambia todo el rato. Junto a unos bosques desperdigados hay un aroma medieval. Junto a una casa abandonada en un giro de la carretera hay un aire esotérico. ¿Cómo coño se explican estas cosas? Llegan finalmente al mar negro, centelleante, y este lugar parece tan embrujado...

*por lo menos a mí me lo parece*

...y también hay tristeza, se te echa encima, como una segunda piel húmeda. Aquí el viento ha retorcido y esculpido los árboles dándoles nuevos aspectos — puede ver brujas, demonios, seres de la noche nemorosa, *banshees* mohínas, capuchas carcajeantes.

Una noche de murciélagos, dice.

¿Cómo?

Digo que se me está yendo la puta olla.

¿Lo siento?

Es todo lo que puedes hacer.

Se reclina en su asiento, pálido y despierto, un comediante blanco tiza; huesos achacosos y edad. Sin paz, sin dormir, sin sentido. Y ahí está el mar, y se mueve. Lo oye tirando de sus anclas — un desmayo lento, oxidado. Muy poético para un hombre en medio de la noche, en sus tejanos, solo — lo conmueve.

El conductor se da la vuelta, sonríe tristemente —

Tienes aspecto de pobre hombre atrapado en su cabeza.

 Eh?

 En qué piensas?

Difícil de decir.

Amor, sangre, destino, muerte, sexo, el vacío, madre, padre, coño y polla — en esto piensa.

Y también —

* Cuantas veces más van a pedirme que salga en el jodido programa de Los Tele ecos?*

Sólo quiero llegar a mi isla, dice.

Pasar  tres días solo en su isla. Es todo lo que pide. Poder gritar a pleno pulmón y gritar de amanecer a atardecer y gritarle a las estrellas por la noche — si hay estrellas y son visibles.

\*

La luna observa los campos, y estos avanzan en la noche — la luna se ha alzado sobre los campos y árboles por pura maldad, pero él ni siquiera puede soltar un aullido.

 Radio?

Dale.

¿Probamos con una pizca de Luxembourg?

Venga, probemos un poco de Luxy.

Pero suena Kate Bush en sus jodidos páramos ventosos licurgos.

Una pregunta, dice.

¿Sí?

¿Qué coño significa «licurgos»?

¿No dice «y burdos»?

Dice «licurgos».

Pues...

Apágalo, dice.

Chillidos de bruja de los cojones. Las colinas se derraman a lo lejos y la oscuridad desciende rodando. Ahora en la distancia un pueblo se alza en la palma de sus propias luces — un pequeño reino — y tras un largo y vago rato — respira, pero no está demasiado vivo — llegan a un viejo puente y pide que se detengan junto al río para escuchar.

¿Aquí?

Sí, aquí mismo.

Son las cuatro de la madrugada — el motor se adormece en



un leve zumbido — y los árboles tienen voces, y el río tiene voces, y son muy viejas.

El conductor se da la vuelta —

El hotel está pasado el pueblo, a unos pocos kilómetros.

Pero John mira afuera y escucha con atención y sella su plan.

Puedes dejarme aquí, dice.

\*

Planeó durante un tiempo irse a vivir a su isla, pero nunca lo hizo. La compró a los veintisiete en medio de un sueño. Pero ha llegado La Primavera otra vez, y ésta de nuevo se presenta algo extraña y loca — las trampillas del inframundo se están abriendo — y él vuelve a necesitar sentarse en su isla sólo por un tiempo y estar solo y mirar hacia la bahía y los nudillos gordos de la montaña al otro lado de la bahía y charlar con los conejillos y bailar con las estrellas de mar y lamerse la sal de sus carnes y menear la cabeza como un perro después de la lluvia y Gritar y no dejar que nadie lo encuentre.

El Mercedes negro reposa con las luces encendidas sobre el puente que abarca el río parlante.

John se aleja del coche en una calculada marcha atrás, un pie atrás, luego el otro.

Está a tantos kilómetros del amor ahora, y de su casa...

Ésta es la historia de su extrañísimo viaje.

\*

Y la estación gira sobre sus goznes. Pronto el momento se dejará caer sobre el verano. El río se adentra en la noche y el bosque, un alboroto de voces en sus surcos y túneles, y el conductor se apoya sobre el capó del coche — casualmente, despreocupado, de brazos cruzados, como mucho entretenido — y puesto que la puerta está abierta, el coche luce en la oscuridad y la masonería del viejo puente y el pequeño pueblo que cuelga más allá de sus chimeneas y frontispicios abovedados. John da otro paso atrás, y otro, y ríe en voz alta, pero sin sarcasmo —el conductor se va encogiendo, pero sigue mirando, entretenido —, y el pueblo y el río y el puente y el Mercedes reculan con cada paso y se vuelven pequeños

*Y si sigo andando sin ver adónde voy*

*Y si sigo andando hasta el final de la noche y los árboles*

y se sale de la carretera y mete el pie en una zanja y resbala y da un traspié y cae de espaldas en la negra y fría conmoción del agua estancada en la zanja. Vuelve a reír y se levanta y ahora se da la vuelta y se adentra en el campo y acelera.

No responde a su nombre que lo llama a través de la noche y el aire.

\*

Es una noche tan despejada y cálida... Penetra el campo hasta que se halla a una buena distancia de la carretera. Puede decirle al cielo el nombre de ella. Sentir de nuevo sus luces en su boca. Joder. Está tan cansado, y jodido, y es tan liverpooliano — un sentimental. La esponjosidad de la tierra bajo sus pies es un lujo. Quiere tumbarse en ese pastel blando y succulento y lo hace. Es todo cuanto necesita. Se pone

boca abajo en la tierra y clava con fuerza en ella sus uñas —

*Aguanta, John, joder.*

La esfera de la noche gira en sus menudos incrementos. Lo que queda de la noche se columpia en sus arcos y se agrisa. Puede hacer cualquier cosa que quiera. Puede vivir en un castillo español; puede dejarse llevar por las mareas lunares. Vuelve la cara para acomodar la mejilla en la tierra. Descansa un rato. Marte es un fuego mortecino en el cielo del este. Yace durante un rato largo y tranquilo hasta que las colinas se despiertan y los pájaros vienen a flirtear y a llamarse y ahora se siente clarividente y nuevo.

John yace montado en la tierra cálida y escucha los huesos de ésta.

\*

Lleva perdiéndose desde el principio de la primavera. Conoce las señales. Está un momento perdido en el pasado y al siguiente sale disparado de vuelta al presente. No hay futuro. El año se da la vuelta y se llena de verde y todo está demasiado vivo otra vez.

Y hace ya tanto que se tortura a sí mismo, ha estado infinitamente fascinado por su propia negrura todo este tiempo — está dolorido, es una deidad, un puto monstruo — pero ahora tiene treinta y siete —

*¡Treinta y siete putos años!*

— y quiere superarse de una vez — ya es mayorcito — y echa una mirada al mundo, de dentro afuera y de fuera adentro,

y puede ver claramente y con certeza que éste no es más que una siesta y un cagadero y el dulce paraíso — el venus — del amor y el sexo y el sueño, o puede serlo, y es escabroso (toma palabra) y tierno — él es ambas cosas — y hay una jodida fortuna de amor — y aun así — siendo el liverpooliano sentimental que es — el resplandor de su muerte su estrella oscura — y la vieja ciudad negra como el carbón y majestuosa — ¿no lo era? — por lo menos durante el día y qué atolondrada en sus noches — ráfagas de cerveza y humo de tabaco, tañido de campana de iglesia — ¿y no había un surco en el callejón? — medianoche bajo la campana de la iglesia, olor a coño —

*Oh mi dulzura mi palidita mi chiquilla de labios suaves*

— y ahora la tiene dura, y está bajando por Bold Street, y está en la ciudad de Liverpool, y tiene diecisiete años, y es un norteño blancucho con sangre de patata irlandesa y eso es lo que es y eso es todo lo que es, en el fondo — escucha — como se remueven las notas borrachas.

\*

Se sienta en el campo. Mira alrededor, preocupado. Me cago en Dios. Está sentado en la cruda luz gris y el aire frío y húmedo. Indiscutiblemente ha acabado otra vez en la Irlanda de los huevos. Piensa un poco sobre esto y se fuma un cigarrillo. Un latigazo de aire frío llega cruzando el campo y la hierba alta se dobla y se balancea — estornuda. ¿No dicen que tu alma se detiene? O que se pira un rato. Se pone de pie por un ataque de tos. Pobres pulmones suyos, esos soldados cansados. Procede a dar una vuelta. Estate atento a la canción bajo la piel de la Tierra. Ya que es jodidamente incapaz de encontrarla en cualquier otra parte. Se dirige de nuevo a

la carretera. En pánico, sí, pero tú sigue andando. Y quizás así, John, puedas dejar atrás el pasado.

\*

Encuentra su propio rastro entre la hierba alta. Cruza el puente en la luz mojada. Un sombrío amigo, una garza, gris, quieta, cómo-coño-se-llama en el borde del pueblo y el río. Centinela, ésa es la palabra. Su vocabulario está jodido, hecho un lío. Semanas de duermevela. Semanas de sudor nocturno e hilaridad. Pero esta vez sin una puta canción que lo acompañe. El pueblecito está desierto como una playa en tiempos de guerra. Se sienta en el banco de la plaza vacía. Tome aire, doña Alderton. Echa un vistazo alrededor. Vale. Debe parecer la mitad de un dúo de cómicos. ¿Por qué, exactamente, está en este pueblecito de nada en esta plaza de nada en el lado equivocado del mar y tan lejos de sus seres queridos y su hogar? Quizás sabe que aquí puede estar solo.

Temprana madrugada, inmóvil salvo por las hojas. Bordea la plaza bajo las hojas inquietas. Pasa delante del colmado dormido y la iglesia dormida y también hay un pequeño dispensario presumido — piensa, ahí estaré yo. Empatiza — ser viejo y estar enfermo, ¿cómo debe ser? Olor de matrona rechoncha, a talco y tartaletas de mermelada. ¿Un último centelleo del rompecorazones? Ah, sí... Pero es triste. Vale. Muévete, John. Mantente alegre, venga. Aparecen en sus labios palabras aleatorias mientras recorre las pocas calles vacías del pueblo matinal. Una nueva entrada: apesadumbrado. En realidad es bastante bonita. Se da la vuelta hacia la plaza otra vez. Percibe más abajo un casi movimiento: la garza girando su regia cabeza mecánica para observarlo desde su puesto junto al río. El ojillo de una al ojillo del otro. ¿Alguna noticia para mí? Nada bueno, imagino. El resplandor

metálico de su plumaje gris bajo el frío sol. Como de otro mundo, es la sensación que da — algo ajeno a ahí. Ve un perro gordo y viejo echando una cabezada en un callejón. Ah, qué dulzura. Lo mira un momento y se le humedecen los ojos, de hecho, al ver los suspirillos temblorosos de la respiración del perro — está afuera, en el mundo, ahora — y su gorda panza durmiente y puede ver sus sueños caninos de huesos y perros y caniches coquetas fumando cigarrillos franceses, levantando sus altos, prietos culos de caniche en el aire.

El aire está espeso y salado. Podrías arrancar un trozo de un mordisco. Huele el deje-de-vulva en el soplo marino, John, olor a mamá. Pasa unos cinco minutos complicados, pero se repone. Alza un cartel turístico. El cartel tiene un mapa y ahora todos los nombres de nueve años atrás — su última visita — vuelven cascabeleando. Newport, Mullranny, Achill Island y la gran bahía dentada, Clew Bay, con todas sus islitas. Hay decenas y docenas y centenares de esas islas. Ha leído que hay trescientas sesenta y cinco islas en total; hay una isla para cada puto día del año —

Entonces, ¿cómo sabrá qué isla es la suya?

Hay susurros y movimientos. Está solo pero no — puede oír removerse a los fantasmas del pueblo. Terminando el turno de noche. Parpadea tres veces para hacer desaparecer a esos cabrones. Tiene sus rituales. Se fuma un cigarro y escucha. Inhala profundamente, retiene el aire, su corazón late con fuerza; exhala lentamente. Quiere conectar contigo, ahora. Lleva treinta y siete años de camino — el camino rápido-lento, rápido-lento — y vive en una gran fortaleza atalayada por encima de la planicie donde los terribles indios acechan

—esos valientes Manhattoes — y si ahora susurra — una palabra en particular — y tú escuchas — con mucha, mucha atención —

¿Aún puedes oírlo?

\*

El perro gordo y viejo sale paseando del callejón. Se evidencia así un gran desconcierto masculino. Se ve en los andares del pobre chuchó; en su porte. Echa un vistazo al pueblo de arriba abajo y el veredicto es un meneo de cabeza. Echa otro de abajo a arriba — lo mismo. No parece haberse percatado aún de la presencia de un extraño. Husmea la cloaca — no le gusta. Se frota lenta y largamente contra la pared del colmado — sigue ahí, y el enguijarrado llega agradablemente a los rincones difíciles. Bordea la plaza en su patrulla matutina pero parece contrariado, preocupado, y sus ancas carnosas ondean lentamente a su paso. Se detiene en el centro de la plaza, ahora con porte devoto o filosófico, y las noticias que trae la brisa le cosquillean las cerdas del hocico, y gruñe sin entusiasmo y al darse la vuelta encuentra la línea de olor y el hombre andrajoso con vaqueros en el banco.

Buenos días, dice John.

El perro alza la vista con desconfianza — es cauto, un veterano. Se acerca, pero con precaución, e indaga en los ojos de John hasta profundidades psíquicas y gruñe.

No señales nunca el momento de felicidad o pasará de largo.

El perro se tumba con rotundidad a sus pies y coloca su

babosa barbilla en la puntera de una zapatilla impecablemente morada.

Acaban de salir de la maldita caja, dice John.

Se inclina y levanta con un dedo la barbilla del perro y ve en él tal dulce pesar y una guapura tan particular, una guapura pegajosa, que de inmediato le da un nombre al perro —

Brian Wilson, dice.

A lo que el perro dedica un meneo de cola cansada, y parece sonreír.

Y John se ríe ahora y se pone a cantar un poco en voz aguda —

*Oh it's been buildin' up inside o' me  
For oh, I don't know how long . . .*

El perro empieza a gemir suavemente, afinado, en perfecto contrapunto — dueto matutino — y John piensa:

*Esta escapada se me está yendo de las manos ya de buen comienzo.*

\*

Un coche marrón se desliza lentamente desde la cumbre del pueblo. John y el perro Brian Wilson vuelven los hocicos y ojillos como cuentas para inspeccionar. El coche lleva dentro un hombrecillo con cabeza de guisante como conductor. Apenas si asoma los ojos por encima del volante. Para delante del colmado, pero mantiene el motor en marcha. Sale del coche espasmódico. Hay algo de *jockey* en este hombrecillo



nervudo, como si hubiera salido de Aintree. Coge un fajo de periódicos del asiento trasero del coche y lo carga hacia el escalón del colmado.

¿Todo bien?, dice.

Lo justo, dice John.

Deja el fajo sobre el escalón y del bolsillo del culo se saca una navaja con la que corta el cordel, libera el primer periódico y hace una lectura rápida, con el motor jadeando todo el rato, y Brian Wilson lo mira con recelo, y John se acurruca frente al frescor matutino que cruza el pueblo en ángulos afilados desde el río.

Te diré una cosa de gratis, dice el *jockey*.

Venga.

Este país lo gobierna una puta manada de simios.

A mí me lo vas a decir.

Suspira y devuelve delicadamente el periódico al fajo. Camina hasta el borde de la calzada y mira hacia una ventana encima del súper.

¿No hay señales de Martin?, dice.

Y en suave desespero niega con la cabeza —

El infortunio llega pasada la noche.

Y con eso dicho retoma su camino.

John y el perro Brian Wilson lo miran marcharse.

No puedes fiarte de alguien que parece un *jockey*, dice John, porque tienen los ojos puestos de un modo raro.

\*

Un niño de hombros anchos se acerca cruzando la plaza con una pelota de fútbol naranja bajo el brazo. Mientras anda otea a un lado y al otro, este y oeste. El niño tiene una expresión dura y fría. Como si estuviera a punto de invadir Rusia.

Buenos días, dice John

Bueno, dice el niño.

El niño se detiene y suelta la pelota y la atrapa bajo el pie — la hace rodar hacia delante y hacia atrás sumido en lenta y pensativa reflexión.

¿Eres uno de los Collerans?, dice.

Podría ser, dice John.

¿Venís a pasar el verano o sólo unos días?

Ya veremos.

Ah, ya.

El niño chuta el balón contra la pared del colmado y la atrapa otra vez y vuelve a chutarla para hacerla rebotar.

¿Cómo está la abuela?

No muy bien, dice John.

Se ha hecho vieja, claro, dice el niño, y hace una mueca.

¿Y tú cuántos años tienes?

Tengo diez, dice.

La madre, dice John, el tiempo corre.

Estarás pensando en mi hermano, dice el niño. Mi hermano Keith. Sólo tiene siete años, aún.

Ya me acuerdo.

El niño se va, secamente, haciendo adiós con la mano, y chuta el balón caminando en diagonales, ahora deprisa, ahora frenando para pillar el rebote y seguir el ritmo del golpeteo mientras baja por la calle en pendiente, un niño con poca gracia, de pies planos, cuyo nombre no será jamás entonado en las gradas abarrotadas — y el río de plata sigue su corriente.

Y el niño cruza el río y continúa andando y la garza despega con el palpar lento y pesado de sus alas y el niño se pierde en los campos de juego y en el día que amanece. Es el tipo de cosa que le rompería a uno el corazón si uno tuviera echa la mente de un modo particular.

Si fueras un caballero de lagrimal despierto, dice John.

Y Brian Wilson vuelve a gemir bajito y se despereza y bosteza bajo el sol de la mañana.

\*

He aquí una ancianita de los ojillos entornados tras el volante de un fabuloso Mini rosa que gruñe y se detiene, de nuevo delante del súper — el centro del universo, aparentemente. Lleva un sombrero de punto color mandarina y unas enormes gafas gruesas. Baja la ventanilla y echa una mirada pesimista desde detrás de las lentes de culo de botella.

No hay señales de Martin, imagino.

Ha sido una de esas noches.

Tiene un acento algo germánico — las palabras son inspeccionadas cuidadosamente al ser volcadas.

Pues me toca joderme e ir a Westport, entonces, dice.

Arranca y se va otra vez.

\*

Un bonito tractor viejo hace volar de sus ruedas polvo de barro seco y mierda con un granjero vetusto de cara plana y ojos eléctricos color azul huevo-de-mirlo y también se detiene un momento y me llama, no en un tono precisamente afable —

Cornelius O'Grady te está buscando.

Y se va otra vez y el perro se pone de pie y tose un ladrido desolado y vuelve al callejón.

Más divertido dormido que despierto, dice John.

Mira alrededor. Hay un pequeño hotel al otro lado de la plaza. Yace ahí con aires de lúgubre inevitabilidad. Se encoje de hombros y se levanta —

*Quiero decir, ¿qué es lo peor que podría pasar?*

\*

La recepción está desierta, pero detrás se oyen tañidos de ollas y sartenes. Una demente banda de percusión. Sólo se dan conciertos de mañana. Huele el verde de beicon friéndose. Revuélcate en la ola de grasa y humo. Cómete al cerdo, sé la cabra. Hace sonar la campanilla. Nadie aparece. La hace sonar otra vez y aguarda. No hay prisa. La hace sonar una vez más y aparece una vieja de cara alargada sosteniéndose sobre la punta de su hocico de bruja. Lo mira de arriba abajo. Amarga como la leche de hace dos lunes. Echa un segundo vistazo a sus tobillos para ver si tiene ahí una maleta escondida.

¿Y bien?, dice.

Vengo por una habitación, cielo.

Lanza una mirada al reloj.

Una hora sospechosa para llegar a un hotel, dice.

Y encima en tejanos, dice él.

El aire de la recepción es viejo y pesado, como el de la habitación de un enfermo, y el reloj se balancea a través de sus momentos lúgubres.